

busquéis en ese grandioso triunfo de la inteligencia la cifra de su penetración absorbente; porque, en puridad, no ha sido sino en nuestras propias renunciaciones donde el yanqui ha encontrado circunstancia propicia para ejercer aquellos actos por los cuales nos impone desdeñosamente su señorío de intruso cuya superioridad, después de todo, se reconoce y se acepta sin discusión, antes bien, con silenciosa mansedumbre; una leyenda muy extendida por estos mundos reza con tono fatídico que nosotros, los indoespañoles, somos un pueblo degenerado y, por degenerado, impotente, y es lo más grave de esto que la odiosa leyenda ha creado en nuestro determinismo ancestral, modificándolo profundamente merced a una lenta, pero desconcertante elaboración ideológica, un apocamiento concorde con la tacha de inferioridad que se nos imputa: con el triste desenfado de quien se abandona a lo inevitable, de quien sin lucha se somete a los rigores del «destino manifiesto», fórmula que, a la vez, encubre vileza y cobardía, individuos de nuestra raza ceden el paso en lo propio a la acometividad acaparadora del anglosajón; otros, de blanducha plasticidad y que parecen tener el ánimo particularmente dúctil a la «fascinación del triunfo», se inmovilizan como unos bobalicones ante lo desmesurado o, más bien, lo disforme, de la obra creada,—como si dijéramos, en un periquete,—por una civilización de gigantes; hasta hay entre esos individuos de nuestra ralea indoespañola algunos que, simples o cínicos, se dan a urdir excusas, bien pobres, después de todo, para justificar su indecoroso acomodamiento. Tal es la ideología maleable que sin disimulos prevalece entre la población formada a lo largo del canal por elementos criollos y bajo la influencia de la raza invasora, que, como con toda exactitud nos dice allí Soto Hall, «no era una raza conquistadora, sino absorbente». Sin embargo, por entre la multitud deformada, acomodaticia y afanosa de la nueva ciudad discurre un joven sano y viril, que en el conjunto grisáceo desentona como una protesta, un joven que se diría alimentado, como lo fué otrora el hijo de Tetis, con medula de leones, en esta vez, de aquellos leones que sólo el Cid Campeador sabía domeñar; con lo cual me propongo decir que en el hondón más profundo y, a la vez, más noble, de su organismo, modernizado a lo exterior por los refinamientos de una cultura sin carácter, se conserva, intacto, el meollo de la raza. Este joven salió de aquí cuando sólo tenía cinco años de edad y cuando, por esos días, precisamente, el supuesto canal se hallaba apenas en vías de construcción; durante veinticinco años vivió en Europa y allí nutrió su mente con el néctar de las uvas corintias cultivadas en suelo francés; ahora ha regresado al dulce y amado terruño, en donde no encuentra sino uno que otro vestigio de la frondosa y desbordante naturaleza asociada a los recuerdos bucólicos de su niñez: una civilización implacable lo había trastornado todo; allí donde una jungla espléndida

y salvaje reinara hasta ayer con despótica potestad el ingenio del hombre levantado una urbe que, por sus construcciones y sus jardines, emula hoy soberbiamente a la antiquísima Babilonia, aquella ciudad regada por el Eufrates, cuyo curso desvió Darío. Pero lo que de tan extraordinaria metamorfosis particularmente impresiona y preocupa al Dr. Escalante, el joven a quien vengo refiriéndome, es la ductilidad con que el criollo de origen indohispano o, netamente, hispano, es decir, en que no hay aporte alguno de sangre indígena, concibe y actúa según los modos, las costumbres, el carácter, en fin, del anglosajón, éste cuya primitiva y fuerte vitalidad se marca en todas las cosas allí a su alcance con el sello, moldeado en bronce, de una agresiva rudeza. Advertía el Dr. Escalante, sobre todo, en esa lastimosa inversión de valores étnicos, con pesadumbre, naturalmente, y, a mayor abundamiento, con desagrado, hasta qué punto el fenómeno se había operado en los miembros de su propia familia, magüer que alguno tuviese, en ocasiones, veleidades de cómica insumisión; no era en realidad ese cambio el efecto artificioso de una moda, que, a fuerza de voluble, como tal, llevaría en su propia índole el germen de todo lo efímero, no obstante la fuerza con que a la frivolidad humana se impone; no había allí, como podría creerse, una simple yuxtaposición de valores psicológicos, en que lo de abajo, lo oculto, permanecía incólume; era más bien una forma de anulamiento en que la personalidad de los naturales desaparecía totalmente con cuanto en ella atestigua el poder de una raza que ha sembrado de civilizaciones la historia del mundo; en nadie, con todo, se había efectuado la transformación tan característicamente como en Emma, una prima del joven. «Era una mujer admirable», dice el novelista. «Alta, robusta, fuerte, sus caderas eran redondas y su pecho erecto y sólido; la sangre ardiente que circulaba por sus venas teñía de vivo púrpura sus mejillas y parecía querer saltar por sus labios; la mata negra de sus cabellos ondeaba por su frente y en torno de su cuello de mármol; una recia musculatura se adivinaba bajo su blanca y transparente piel de raso; todo en ella demostraba un gran temperamento, una gran naturaleza, un molde soberbio para la procreación. Cuando reía, cambiaba como por encanto. Su rostro se tornaba soñador y su mirar apasionado; aquella hermosa figura parecía esfumarse en los contornos de un ideal divino. Chispeaban sus grandes ojos leonados, de natural serenos, y adquirirían bajo el toldo de sus pestañas negras una irresistible fascinación». —Nótanse en este boceto fisonómico los rasgos inequívocos de la estirpe latina, a que la joven pertenece; pero el conjunto corresponde al tipo de la mujer norteamericana tal como lo ha moldeado un ambiente cuyos factores sociológicos actúan a todas horas y de consuno cual si su objeto fuese tan sólo producir individuos de presa; sociedad formada por audaces y, muchos de ellos, desalmados buscadores de oro, en quienes, por esta

circunstancia, existe una latente predisposición a la acometividad, nadie en la América del Norte logra sustraerse a las imposiciones de la lucha, porque evadir la lucha en ese palenque tumultuoso, donde no se conoce la piedad, sería como decidirse a sucumbir con la resignación de quien se siente irremediablemente vencido; la lucha en ese país aparece más bien, por eso, como una actitud defensiva y, en ese carácter, a todos por igual se les impone en el tremendo garbullo allí creado por la civilización tecnológica a que tal pueblo debe su tosca grandeza; como ley de imperativo biológico, la presión formidable que así se desarrolla en todas direcciones obra, como es natural, sobre la dúctil economía de la mujer, por medio de varios agentes, entre ellos, el deporte, infundiéndole, junto con una vigorosa salud, aquella energía y aquella desenvoltura que, en condiciones idénticas, le permiten asumir y desempeñar con buen éxito papeles hasta no ha mucho considerados como exclusivamente afectos al varón; así, mientras en otras naciones la mujer toma posturas sentimentales, a veces un poco ridículas, y brega con gesto airado por conquistar derechos un si es no es ilusorios, esta mujer de la América anglosajona ha realizado un programa de feminismo que prácticamente hace desaparecer toda forma de desigualdad civil entre ella y el hombre; con la voz muy poco galante de *marimacho* se calificaba otrora a la mujer que por excepción así mangoneaba desenfadadamente en la vida; no se juzga a la mujer con tan extremo rigor en los tiempos que corren, no embargante los cambios que en su ideología, en su temperamento y en sus costumbres ella ha sufrido, por efecto de esa forzosa connaturalización con lo hominal; después de todo, lo que sucede es que la mujer ha evolucionado, como todas las cosas, y que, según resulta lógico, allá, en el Norte, ha evolucionado bajo las influencias que en torno suyo desata un imperioso e incontrastable materialismo; la mujer norteamericana deja en nuestro ánimo, a pesar de todo esto, una impresión de poder realzado por la gracia femenina, que generalmente cobra, como se insinúa en *El problema*, la magia de «una irresistible fascinación». En tales condiciones, Emma, la joven criolla, aparece allí como un símbolo de la civilización tecnológica que la ha formado en sus toscos moldes; pero ante esa figura provocativa y fuerte, en el pensamiento del Dr. Escalante, Julio, surge, «alta, delgada, fina, casi débil», como la evocación de un ensueño que se dibujase poéticamente en la lejanía, la imagen un poco triste de la novia dulce y bien amada, que había quedado en París. Julio «recordaba la palidez blanca de Margarita; su cuerpo nervioso; su aspecto tímido; el suave mirar de sus ojos negros, toda ella, en fin, tan diáfana, tan vaporosa. ¡Qué diferencia!», reflexiona Julio ante ese recuerdo, «entre esta mujer y la otra, Emma, con quien había pasado todo el día». Otros pormenores acentúan en el curso de la novela el esbozo de Margarita,